

Elogio de un maestro

[Párrafos del Informe presentado a la Secretaría de Educación por el Sr. Director del Instituto de Alajuela. Primer aniversario de la muerte del Prof. don Elías Salazar].

No puedo en este informe negar campo a un suceso que nos llenó de luto y que ha sido el más desgraciado suceso que hemos tenido en muchos años.

Me refiero a la muerte del compañero don Elías Salazar, acaecida el 21 de agosto de 1922.

Vivía él de tal modo vinculado al espíritu de la casa y le queríamos tanto, que sólo nos fortifica su ejemplo en la angustia de su separación.

Era realmente un héroe como lo concibe Carlyle, sin campanilleo ensordecedor y sin poses deslumbrantes.

Cuando le conocí tuve la intuición de que era un niño, cuya cabeza habían blanqueado las nieves de la vida, pero cuyo corazón aún no estaba estrujado por los egoísmos y las miserias que padecemos los hombres, como por obra de una maldición.

Era ingenuo, era crédulo, era candoroso, como un niño. Decía las cosas sin calcular las consecuencias, con la honrada sencillez de quien no ha pensado en obrar mal.

Los hombres a veces mirábamos malicia allí donde sólo hubo candor de niño y el ojo turbio quiso lastimar alguna vez la ingenuidad de esta alma que no veía el mal donde otros lo mirábamos.

Pero tal ilusión no podía ser persistente. Sabía tantas cosas profundas, tenía tan madura reflexión y tan sabio consejo para todo momento, conocía tantos secretos de la materia y del espíritu, sentía tanta belleza del número y del verso, que parecía haber vivido siglos sobre el planeta persiguiendo la estrella imposible de la sabiduría.

Entonces comprendí que era realmente un anciano cuyo corazón había recibido el don de los dioses de no envejecer. Ganimedes, que lo había visto afanado en la práctica del bien, por todos los caminos, llenó la copa de su corazón con ambrosía de su ánfora. Su vida sencilla, alejada de vanidades y de odios, parecía la vida de aquellos patriarcas que crearon pueblos y los llevaron por los caminos estrechos de que habla el Libro Sagrado. Vida esta como la que idealizaba Ricardo Wagner, o como la que viviera Eliseo Reclús.

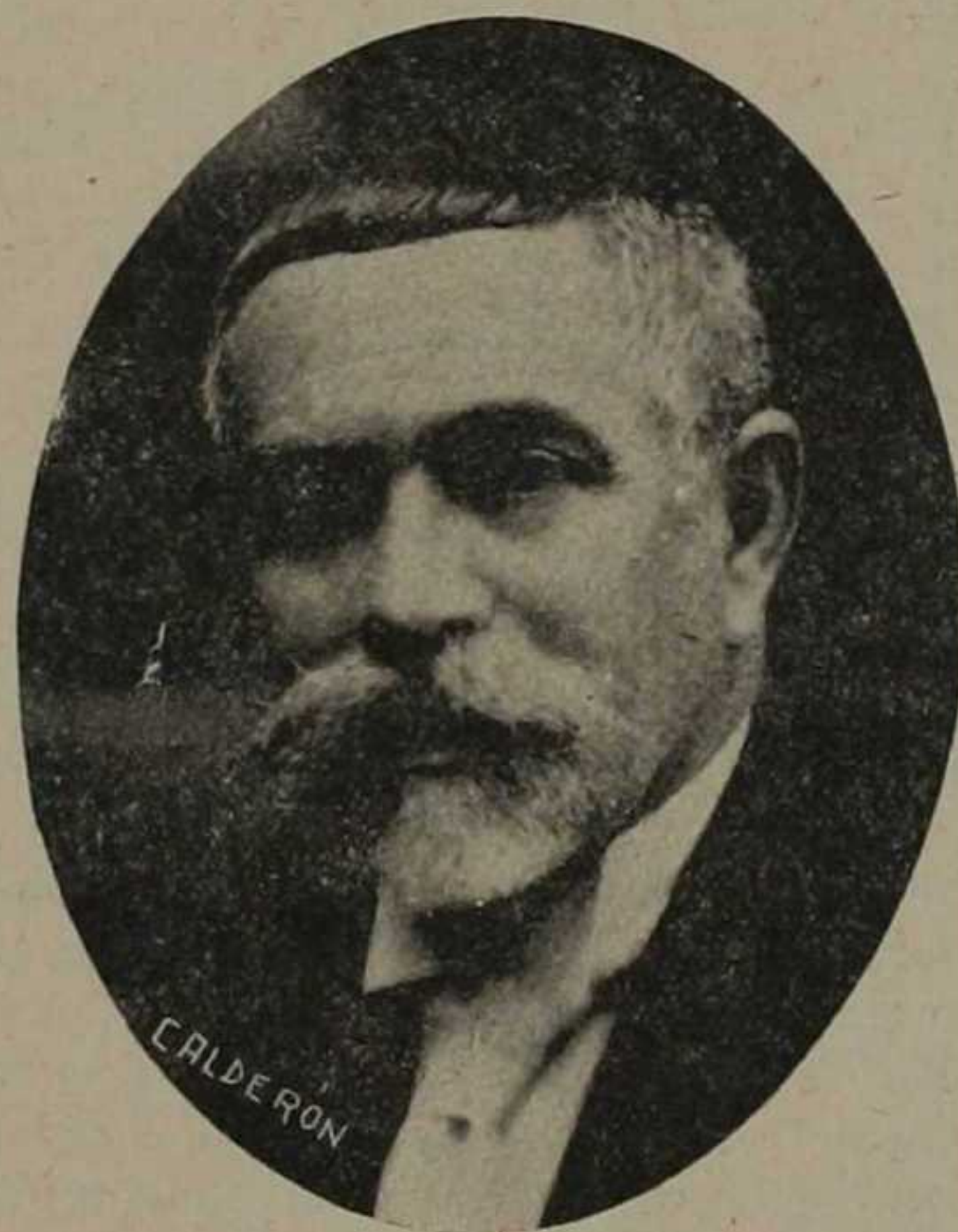
Digo que fué vida ajena de odios y de vanidades y no quiero que se sponga que mueve mi lengua la simpatía y que digo cosas poco razonables.

Prefiero juzgar a los hombres al través de sus pasiones, porque es allí

donde ponen de más relieve los contornos de su personalidad.

Este ciudadano tuvo una pasión que lo empujó a muchos dolores: la política.

Y en ese campo, ¿qué medro tuvo para su bien personal? ¿Dónde están



Profesor don ELÍAS SALAZAR

† el 21 de agosto de 1922.

los honores que allí recibió? ¿Dónde están los dineros que allí amasó? Y sin embargo, no hubo campaña política en que no luchase con todo el brío de su alma entusiasta. Es que no asistía al banquete de los comicios para coger la mejor parte, sino que, al contrario, veía pasar los manjares, de una a otra boca, sin que le tentase el demonio de la envidia y metiese su cola de intrigas y deslealtades para entorpecer la fiesta.

Era político idealista. Había concebido una república platónica y la amaba con las más abnegadas convicciones. Soñaba con unos hombres superiores, comprensivos de su derecho y cumplidores de su deber. Soñaba con una política de altura que no rastreara para babear en el jaral, como la serpiente, sino que alzara su vuelo hacia la luz, como la alondra.

Por eso precisamente no cosechó sino amarguras. Hecha la siembra no se quedaba a la zaga, ávido de que cuajase la espiga, sino que buscaba otros campos para arar de nuevo en la conciencia de los pueblos.

Como Aristides, habría escrito en la ostra su mismo destierro antes que

profanar la santidad de las instituciones.

Fué valiente en todos los minutos de la vida pero más lo fué en estos trajines cívicos y su lanza atrevida derribó todo lo que él creyó indigno de tenerse en pie.

¿Qué importa que fueran aspas de molino si era el brazo de don Alonso Quijano quien ponía la lanza en ristre?

No discuto ahora si fué acertada o torpe esa lanza, sólo quiero declarar que fué noble el soldado y que no esquivó el cuerpo.

Concurrió a las lizas sin otra armadura que su convicción y sin otro escudo que su franqueza, pero nadie le conoció la espalda huyendo responsabilidades. Y después del ataque, su pecho, regocijado del triunfo, no seguía sangrando la amargura del odio, ni su brazo ataba prestigios al carro de victoria.

* *

Quiero mirar otro aspecto de esta vida magnífica. Su otra pasión: la escuela.

Fué nuestro compañero de labores en esta parcela de la juventud que hemos venido sembrando y lo que diga ahora cristaliza lo que pensé mirando a este varón tras la mancha de su arado.

Quizá en procedimientos pedagógicos estuvimos un poco distanciados y algunas veces tuve que señalar distintos derroteros.

Entonces fué cuando lo ví de mejor modo. El era el ilustrado, yo el ignorante, él era el experimentado, yo el inexperto y, sin parar mientes en ello, oía, meditaba y, como tenía fe en lo que veníamos haciendo, lleno de bondadosa complacencia accedía o me hacía acceder, sin disgustos, sin rencores, con un corazón comprensivo y generoso de hombre bueno.

Y aquí, en el aula, pude pesar cuánto valía este cristiano, manso y humilde de corazón, como los que han de alcanzar bienaventuranza.

Sufrido y bondadoso ante tantos dolores que esta carrera pone en el camino. Altivo y valeroso ante la asechanza que de algún lado viniese a romper la austera nobleza de su cátedra.

Idealista y soñador en medio del diario prosaísmo de la vida.

Fervoroso y devoto de la obra que se le encomendaba, en medio del descreimiento y el desconsuelo de los flacos. Alegre, con la sana alegría de la emoción más pura. Prudente y reflexivo, como cumple a un mentor de juventudes. Leal a la casa y leal a las normas que seguía. Fué entusiasta romero que no aflojó un instante, empujando sobre el agua esta nave hacia el puerto de Belleza y de Sabiduría donde pensaba que está el palacio de la Aurora.